

El cuento de los armarios

por Ramón García Domínguez

Érase una vez un niño... No, espera, no era un niño, era una niña, sí, una niña de 9 años que... ¿o era un niño como dije al comienzo? Bueno, da lo mismo, yo lo contaré con una niña, pero si tú quieres contárselo luego a tus amigos con un niño, pues tan contentos.

—Pero yo prefiero decir chico, en lugar de niño.

—¿Chico? Ah, vale, muy bien, pues yo diré chica en lugar de niña, ¿de acuerdo? Allá voy.

»Érase una vez una chica que vivía en una ciudad.

—¿Grande o pequeña?

—¿La chica?

—No, la ciudad.

—Ah... grande. Una gran ciudad. Sí, eso, vivía en una gran ciudad. Con muchos coches y mucha gente mala por las calles.

—¿Gente mala por la calle...?

—Sí, eso decían, al menos, los papás de la chica: “La calle está llena de peligros, hay muchos coches y mucha gente mala”. Y por eso no dejaban a la chica bajar a jugar a la calle.

—Seguro que con unos padres tan así, la chica tendría que llamarse... Angélica por lo menos.

—¿Justo, Angélica se llamaba, vaya

cómo lo has adivinado! Y por eso mismo, porque sus papás...

—Yo prefiero decir padres.

—¿Eh...? Ah, vale, padres. Pues lo que te decía: porque sus padres se pensaban que Angélica era un ángel o poco menos, no la dejaban bajar a la calle a jugar. Por lo de los terribles peligros y todo eso, ya sabes.

»Pero Angélica era más lista que lista y se inventó una calle dentro de casa. Una calle y una plazuela. La calle era el pasillo largo del piso, y la plazuela era un cuartito cuadrado, al final del pasillo, en el cual estaban las puertas que daban a las habitaciones.

»En el pasillo había dos armarios. En el cuartito otros dos. Y en las afueras dos armarios más.

—¿En las afueras?

—Angélica llamaba *afueras* a la habitación de sus papás (huy, perdón, de sus padres), y a la habitación de su hermano Quique, ¿comprendes?

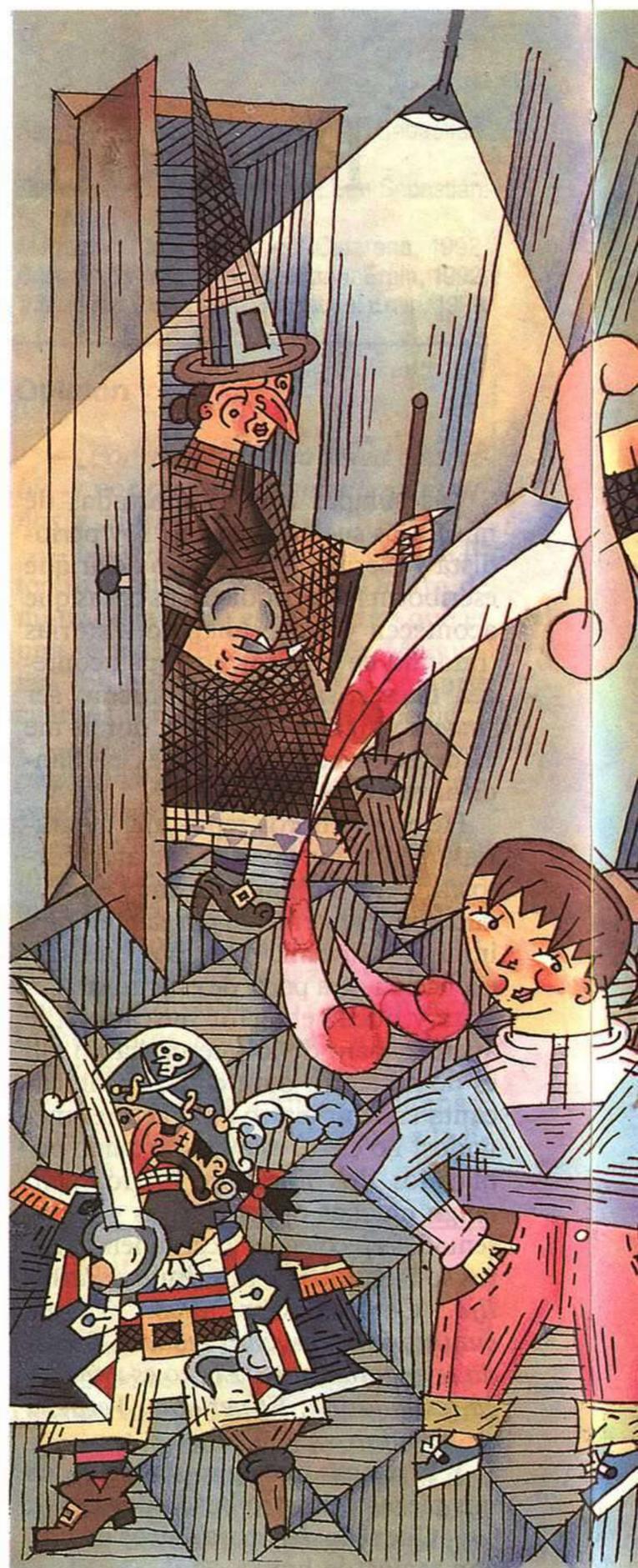
»Y cada armario era una casa. En total, seis casas: dos en la calle, dos en la plazuela y dos en las afueras.

»Y las casas estaban habitadas.

—¿Ah, sí?

—Naturalmente, como las casas de cualquier calle corriente y normal.

—¿Y también era gente corriente y



normal la gente que vivía en esas casas?

—Ah no, eso sí que no. Gente muy especial. ¡Y muy peligrosa!

—¿Peligrosa?

—Hazte cuenta: en la primera casa



MIGUEL CALATAYUD

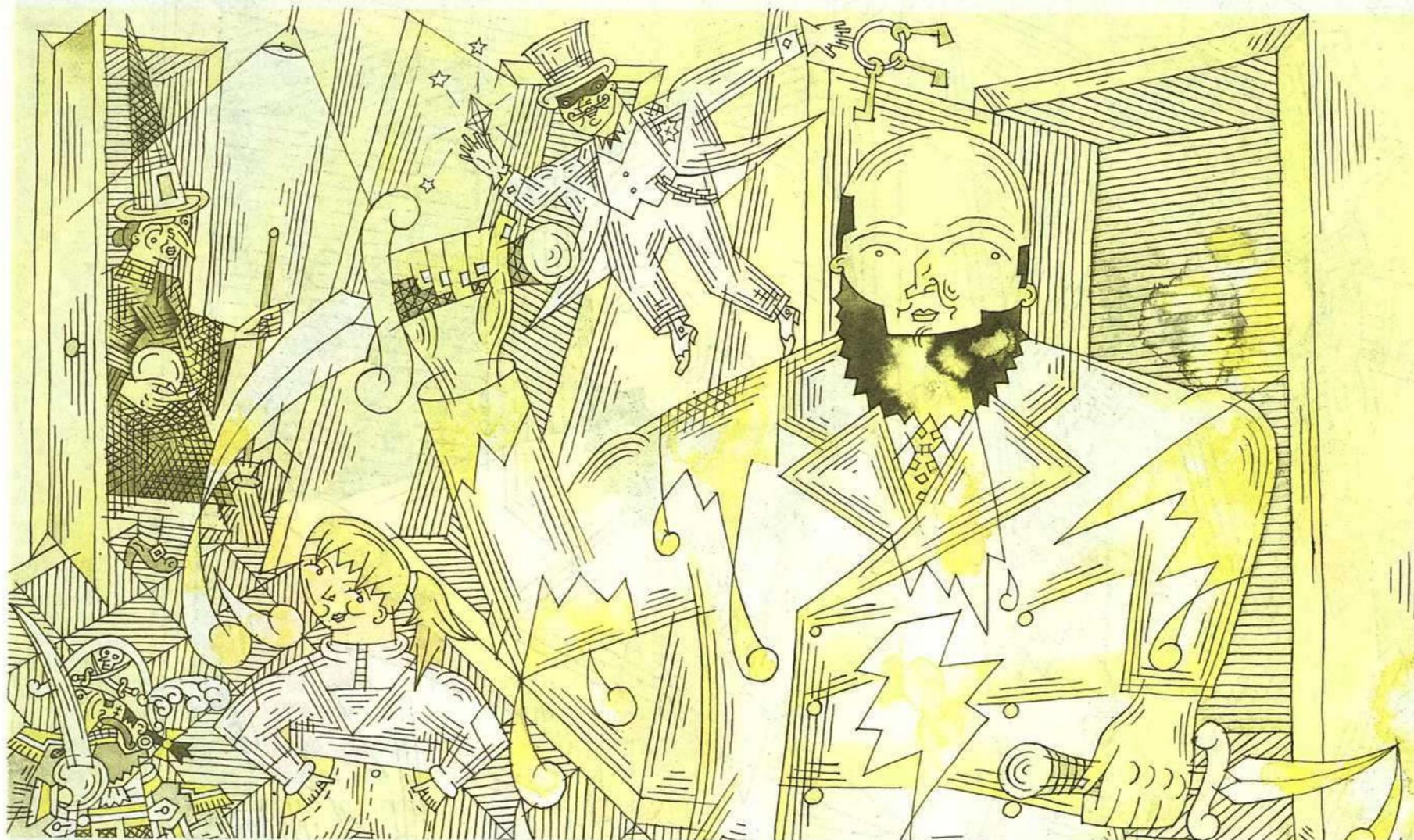
de la calle (es decir, en el primer armario del pasillo) vivía un ladrón de guante blanco. Cada vez que Angélica visitaba aquella casa, se ponía los guantes de su Primera Comunión (blancos naturalmente), y ese día

siempre desaparecía algún objeto: una bandeja de plata, el mando a distancia del televisor...

»Pero cuando alguien lo echaba en falta, Angélica exclamaba: «¡Ha sido él, seguro! Yo haré que lo devuelva».

»Y la bandeja, los zapatos o la raqueta de Quique, sin que nadie se percatase cómo, aparecían de nuevo.

En la segunda casa de la calle vivía una vieja bruja. (Era el armario del aspirador y los escobones... ¿com-



MIGUEL CALATAYUD.

prendes, no?) Angélica visitaba aquella casa cada vez que se peleaba con alguien. La vieja bruja conseguía que a su enemigo o enemiga se le manchase de barro o de tinta su vestido blanco o le saliese un grano horrible en la nariz.

»Vivía en la tercera casa (la primera de la plazuela) un pirata de los Mares del Sur. Y cada vez que Angélica le hacía una visita, regresaba con un doblón de oro (que luego resultaba ser una chocolatina redonda forrada de papel dorado), y gritando: «¡Voto a bríos!», durante un día entero o más.

»En la cuarta casa habitaba Jack el Destripador, el malvado asesino que descuartizaba a sus víctimas y les sacaba las entrañas. ¿Y sabes qué le pasaba a Angélica cada vez que se metía en este armario? Que salía con una mano cortada (la escondía dentro del puño de su vestido, no te vayas a pen-

sar), y además se pasaba el día entero sin hambre ni ganas de comer.

—¿Y eso...?

—Porque no tenía estómago ni intestinos dentro de la tripa, ¡por qué había de ser!

—¡Ah...!

—En la primera casa de las *afueras* (el armario del cuarto de Quique), vivía el Hombre del Saco, el que se lleva a los niños desobedientes y traviosos. Cada vez que Angélica visitaba esta vivienda, podía estar encerrada —sin que nadie supiera dónde— horas y horas, hasta una tarde entera. Cuando al fin aparecía, a la hora de cenar, se disculpaba diciendo: «He estado secuestrada, supongo que no os habréis preocupado mucho».

»En la sexta casa —armario del dormitorio de sus papás, digo, de sus padres— vivían, fíjate bien: el Lobo Feroz de Caperucita, la Madrastra de

Blancanieves y la de la Cenicienta, el Ogro de Pulgarcito, el Hada Mala de la Bella Durmiente, el Malvado Gigante del Sastrecillo Valiente, el Capitán Garfio de Peter Pan, los Cuarenta Ladrones de Alí Babá, etcétera, etcétera

»Y el día en que Angélica entraba en este armario, el día en que Angélica entraba en este armario, el día en que Angélica...

—¿Qué ocurría...? ¿Algo terrible?

—¡Una fiesta, eso es lo que ocurría, una maravillosa fiesta!

—¿Y qué decían sus padres?

—¿De qué?

—De los... *inocentes* juegos y escondrijos de su angelical hijita.

—Pues se decían el uno al otro: «Qué estupendo que nuestra hijita se divierta tanto en casa, ¿verdad, cariño? ¡Con la de peligros y gente indeseable que anda por la calle...!».